

En las fuentes del Iser.

Ha bastado que al acercarnos a la frontera belga alguien, señalando un arroyo, exclame «el Iser», para que todos, abandonando nuestra conversación, recordemos en el acto las luchas épicas que convirtieron durante meses enteros ese modesto río flamenco en un torrente de sangre.

¡El Iser!... Aquí no es sino un hilo de agua clara, en el cual se miran algunas aldeas desiertas. Aquí sus puentes no han sido destruidos por el fuego de los cañones alemanes. De aquí a Schorbaque, a Stuyvenskerke, hay veinte o treinta kilómetros de distancia. Aquí, en fin, los sublimes fusileros del almirante Ronarch no vinieron sino cuando, después de la victoria, se encaminaron hacia París por la ruta de Saint-Omer... Pero es tal el prestigio de su nombre, que al sólo pensar que contemplamos su linfa, sentimos una de las más profundas emociones de nuestro viaje.

— Ahora — me dice el capitán H... — el Iser no es sino un espejo de ciudades fantasmas...

Luego me pregunta :

— ¿Las conocía usted... esas ciudades?...

Con algo de vergüenza le contesto que no. En tiempo de paz, cuando era posible venir a estas viejas tierras

con almas apacibles de peregrinos artistas, todos pasábamos por las márgenes del Iser sin detenernos, para acudir a la cita que el prestigio de Brujas, de Iprès y de Gante nos daban. Las ciudades pequeñas quedábanse siempre para un día que no llegaba casi nunca. Y si de tarde en tarde una acuarela desteñida de la Venta del Papagayo, o de la torre de los Templarios, o de la iglesia de San Walburge, sugeriánnos el deseo de emprender un viaje hacia Furnes, hacia Neuport, hacia Dixmude, algo más urgente, algo que se nos antojaba más importante, algún clásico itinerario italiano, alguna romería andaluza, obligábanos pronto a olvidar nuestro pasajero capricho. Aquel desvío injusto, la tragedia actual nos lo hace llorar.

— ¿No las conocía usted? — murmura mi guía —. Es lástima... Ya no podrá usted verlas nunca...

Y evocando el recuerdo de la lucha titánica que comenzó hace dos años y que continúa aún, me habla, enternecido e indignado, de la lluvia de fuego que ha sepultado las venerables plazas silenciosas, los beaterios apacibles, las callejuelas de penumbra y de misterio, las casitas cinceladas como joyas...

Y agrega, con voz dolorida:

— Muertas las pobres ciudades, muertas para siempre...

Neuport, realmente, ya no existe; Neuport no es sino un cadáver calcinado, cuyos escombros se miran en el espejo de las inundaciones. Ni existen tampoco Perwise y San Jorge, que sucumbieron entre las llamas. Y en cuanto a Dixmude, la perla de la comarca, la beata adormecida entre el rumor de los rezos y de los carrilones, la buena y traquila hermana de Brujas, ha muerto para siempre, engrandecida por el martirio, sin dejar

más que restos informes ante los cuales la Humanidad tendrá más tarde que inclinarse como ante un relicario.

*
* *

Pero es el Iser mismo, el Iser que baña lo que Pierre Nothomb llama las ciudades Santas, el que merece, como sus grandes hermanos de Oriente, como el Ganges, como el Éufrates, ser canonizado por los franceses, a causa de sus milagros. Pensad, en efecto, en lo que habría podido suceder sin la misión bíblica de su fuerza. Sin la barrera de sus aguas, que obedecieron a la voz de los grandes pastores guerreros, Calais habría sucumbido, y con Calais todo el Norte y tal vez también todo el Canal de la Mancha, por donde ahora vienen las fuerzas que vigorizan el organismo defensivo del Occidente. Porque no hay que olvidar que el Iser, a pesar de su estrechez, supo, durante la gran batalla de Flandes, imitar la hazaña del mar Rojo, ahogando en su linfa a los que se creían invencibles.

Como Condé, como Turena, como el duque de Guisa, los generales germanos sabían que para dominar la llanura y llegar hasta los grandes puertos codiciados, era, ante todo, indispensable conquistar las dunas del vasto estuario de Lombartzide. Poseer las esclusas y los diques del Iser resultaba, para los vencedores de Charleroi, cuestión de vida o muerte. Toda la región depende de esas puertas marítimas y fluviales que mantienen los innumerables canales a un nivel determinado y que pueden también hacerlos desbordar. La idea de la inundación acudió, como es natural, desde un principio a la mente de los estrategas ingleses. Era preciso oponer un obstáculo a la marcha de los enemigos, y en el

estado en que se hallaban las cosas a fines de 1914, sólo el agua podía servir de un modo eficaz en aquel duro trance. Joffre, sin embargo, no quiso aceptar el consejo de sus aliados. Con su calma imperturbable, dejó acercarse a los alemanes con su artillería pesada hasta las inmediaciones de Dixmude, de San Jorge y de Neuport. Las tres plazas parecían perdidas. Las fuerzas que resistían a la embestida tudesca no eran bastante numerosas para acariciar la esperanza de una victoria. «Lo que os pido — les dijo el taciturno — es que resistáis una semana.» Con un heroísmo de que no hay ejemplo en la Historia, los bretones de Ronareh emprendieron entonces su pelea de locos maravillosos. «Sacrificios vanos», decían los periódicos de Berlín. Y, realmente, si hubieran tenido que continuar como al principio, sin artillería propia, sin reservas para cubrir sus bajas espantosas, los héroes aquellos habrían sucumbido. Mas, de pronto, un aliado llegó en su auxilio, sin ruido, lento, invencible, incommovible: el agua.

En su tranquilidad habitual, Joffre había dejado pasar algunos días antes de romper los diques, con objeto de que el enemigo tuviera tiempo de avanzar sus baterías hasta la zona inundable. Los ingleses no comprendían su desidia. Los belgas se mostraban inquietos. Todo era inútil. Un ingeniero sabe mejor que un guerrero lo que puede esperarse de los recursos de la tierra, y el generalísimo francés ha sido siempre un ingeniero. Así, hasta que no estuvo seguro de su maniobra no la llevó a cabo.

*
* *

Fué en invierno.

En menos de lo que se hubiera necesitado para movi-

lizar un cuerpo de ejército, las aguas acudieron a salvar a los que ya comenzaban a desesperar de ellas. El espectáculo fué tan extraordinario, que los alemanes lo recuerdan como un fenómeno sobrenatural. Una noche de lluvia, los canales empezaron a desbordarse. Las ruedas de los cañones hundíanse poco a poco. Las trincheras llenábanse de lodo. Sólo que, en un país lluvioso, aquello no era de extrañarse. Ya pasaría... Ya vendría el tiempo seco... Y el agua subía, subía; el agua extendía su sudario sobre la planicie, a pesar de que la lluvia había cesado... ¿Sería acaso la inundación?... Cuando los generales del Káiser se hicieron esta pregunta, era ya tarde. Toda su artillería pesada estaba perdida. El campo habíase convertido en un lago, del cual no emergían sino los cercados, marcando los linderos de las granjas, y las ruinas de las aldeas, perpetuando el recuerdo de la contienda.

En esta obra salvadora, no sólo el Iser tomó parte. A su lado, ayudándolo con todas sus fuerzas cautelosas o reservándose para entrar en la lid cuando fuera necesario un ataque mayor, hallábanse el Colme, el Aa y el Iperlée, sin contar sus innumerables canales.

Pero el mayor empuje fué, sin duda, el del Iser.

*
* *

— ¿Cómo se lo figuraba usted?—me pregunta nuestro guía.

— No sé — le contesto.

En todo caso, debo confesar que no lo creía tan modesto, tan suave, tan campesino y tan idílico. Su aspecto es el de un arroyo, más propio para mover las ruedas de los molinos que para detener una invasión. Sus aguas

glaucas corren, ligeras, entre las márgenes que comienzan a cubrirse de flores. A lo lejos, sus curvas forman, alrededor de las aldeas, cinturones brillantes. Y no es sólo el río, es toda la región la que, con su gracia apacible, sugiere, más que imágenes de heroísmo y de crueldad, ideas de bienaventuranza, de paz, de bienestar campesino. Verdadera belleza, no hay que buscarla aquí. Estas mismas colinas, hoy célebres por el papel que han desempeñado en el curso de las operaciones estratégicas recientes, no son, en realidad, sino humildes ondulaciones en medio de la vasta planicie. La vista se extiende por todas partes sin descubrir una línea pintoresca o majestuosa. Como en el mar, el horizonte aparece siempre ante nuestros ojos limitando el panorama monótono con sus espejismos. El cielo, el dulce cielo pálido, he ahí la única hermosura del lugar. Pero hay, en la llanura misma, entre las granjas pardas y los campanarios diminutos, algo que seduce y que conmueve con su sonrisa humilde. Cada ramillete de álamos, cada huerto, cada bosquecillo, ha sido aquí creado por la energía del hombre en una perpetua labor de conquista, en un paciente esfuerzo milenario. La enseñanza que se desprende de la llanura flamenca es una de las que más orgullo pueden inspirar a la Humanidad. De un desierto que las aguas cubrían, los trabajadores de la gleba han hecho, poco a poco, con canales sabiamente distribuidos, con cuidados infinitos, una comarca rica y próspera. En el litoral actual, las aldeas ocupan terrenos que en otro tiempo pertenecían al Océano. Aquí mismo, en esta West-Flandre del interior, las tierras de *clytts* son tan pantanosas, que, según la expresión de Blanchard, «se necesitan prodigios de paciencia para cultivarlas». A principios del siglo XVIII, después

del Tratado de la Barrera, los ingenieros militares que estudiaron el país, dictaminaron que toda fortificación era superflua, puesto que ninguna caballería, ninguna infantería, podría atravesar los caminos con mejor suerte que las tropas de Felipe Augusto.

*
**

Nuestro capitán, que adivina sin duda mis meditaciones, murmura:

— Ya usted ve el río, el río trágico, que corre siempre suavemente, dulcemente, sin grandeza y sin cólera... Es un buen río campesino, nada más...

Es cierto... Pero contemplándolo después de haber evocado la gesta milagrosa de sus aguas, no le veo tal cual es en realidad, sino que lo santifico en mi alma. Y sin poderlo remediar, me acuerdo del Ganges, me acuerdo de la mañana clara en que me acerqué a sus orillas sagradas, me acuerdo de las llanuras de Jericó, cual éstas húmedas, cual éstas floridas, y siento una vez más que del corazón suben a mis labios los salmos franciscanos que celebran la santidad de la hermana agua...

En el corazón de la tragedia.

¡Quién diría que estamos en pleno campo de batalla, en uno de los lugares que más a menudo son azotados por la tormenta de fuego!... Antes de dejarnos escalar las faldas de la colina, el capitán Roberts, poniéndose serio, exclama: *A vos risques, messieurs!* Y ya se sabe que esta frase sacramental significa que puede pasarnos lo mismo que le pasó pocos días hace a nuestro compañero Battersby, corresponsal del *Morning Post*, en uno de los sectores de este mismo frente. ¡Pero quién piensa en esas cosas! Hay en el fondo del alma humana un optimismo hecho de vanidad, que no escarmienta nunca en cabeza ajena. ¿Ayer un hombre como nosotros fué herido por una bomba?... Bueno... No importa... A nosotros no nos sucederá nada... No hay cuidado... No hay nunca cuidado... El pobre periodista inglés que agoniza en el hospital de Saint-Omer, tampoco creía en el peligro, tampoco daba importancia al bombardeo, tampoco hacía caso del *A vos risques* oficial... Una voz insidiosa parece que nos murmura en el fondo del alma palabras halagadoras, tratando de convencernos de que los disparos no van con nosotros, paisanos inofensivos, sino con los soldados, que pueden contestar y que pueden defenderse... Además, hay días en que el peli-

gro se diluye en la alegría del ambiente, y éste es uno de ellos.

*
* *

— Alla, enfrente, está Boescheps... Un poco más hacia el Oeste, el monte de Cats, ese que se distingue tan nítidamente con su cresta que parece una muralla de fortaleza... Hacia el Norte, Saint-Eloi y la ruta ensangrentada de Iprès... Más lejos, Mesines, donde ahora pelean los alemanes como demonios... Nos hallamos en el corazón de la gran batalla de Flandes, que aún no ha terminado...

Y nuestro amable guía, con una carta de Estado Mayor colocada sobre el césped, nos explica las acciones famosas que se desarrollaron en esta comarca hace algunos meses, y en las cuales franceses, ingleses y belgas se cubrieron de gloria.

La conferencia es interesante. Mas nosotros apenas la escuchamos y, lo que es peor, apenas le damos una importancia vaga, como si se tratase de un capítulo de Historia y no de una escena del drama que continúa representándose... ¡Saint-Eloi allá en el fondo!... ¡Aquí al lado, el monte de Cats, con sus viejas piedras en las cuales vinieron a sentarse los grandes conquistadores de antaño!... Sí..., sin duda, tales nombres suenan a hierro y huelen a sangre... Sólo que el paisaje es tan bello, tan suave, tan tranquilo... Sólo que la existencia nos sonríe tan deliciosamente con sus encantos primaverales... Sólo que el perfume de las flores silvestres nos halaga con tanta languidez... Sólo que los soplos tibios del aire nos envuelven en una atmósfera tan delicadamente voluptuosa...

*
* *

Estamos al pie de un molino, cuyas amplias aspas de púrpura permanecen inmóviles a pesar del viento. Las gallinas de una granja cercana rascan el suelo con sus patas nerviosas, y de vez en cuando entreabren sus alas con coqueterías casi femeninas, para atraer las miradas del soberbio gallo que las acompaña. Dos muchachas robustas, con las faldas arremangadas hasta la rodilla, empuñan en levantar un haz de paja demasiado pesado para sus brazos, y se consuelan, riendo a carcajadas, de su impotencia. En los árboles, los pájaros parecen celebrar un concurso de trinos exasperados, en cual se mezclan, en extraña cacofonía, todos los violines y todas las flautas silvestres. Los carreteros duermen en las carretas, mientras los caballos, sueltos, buscan la hierba fresca en los prados de las laderas. A lo lejos, entre los tableros de esmeralda del campo cultivado cual un jardín, las aldeas ostentan las torres negras de sus iglesias, los techos pardos de sus chozas, las tapias grises de sus casas de labor. Hay una alegría apacible y piadosa en el aire, en la tierra, en el cielo, en el humo, en el heno, en las ramas, en las flores. Y como para celebrar esta bienaventuranza de la Naturaleza, de la carretera sube de pronto en ondas místicas una música, a la vez grave y alada, un himno que tiene algo de sensual y algo de eclesiástico.

*
* *

Contemplando las cruces que cubren las laderas de nuestra colina, un oficial nos dice:

— Una de esas tumbas puede muy bien ser la del príncipe Maximiliano de Hesse... ¿No recuerdan ustedes

las circunstancias de su muerte?... «Al pie de un molino, en las inmediaciones del monte Cats — asegura la noticia relativa a su desaparición — los monjes de un convento de trapenses encontraron a un oficial herido...» ¿Por qué no ha de ser éste el molino?...

Es cierto... Y la historia lamentable del último landgrave hesés, tal cual la ha referido el monje Dom Bernardo a mi amigo Serge Basset, acude a mi memoria. Cuatro soldados alemanes trataban, una tarde de octubre de 1914, de socorrer a un oficial que no parecía tener más de veinte años. El religioso acercóse al grupo y preguntó al herido si en algo podía ayudarle. «Lo más importante — contestó el militar — es que estos soldados me abandonen y traten de escaparse... Yo ya no tengo necesidad sino de la ayuda de Dios.» Los soldados, con los ojos llenos de lágrimas, se inclinaron y luego huyeron. Dom Bernardo, con dos de sus compañeros, transportó al moribundo a su convento y se consagró a cuidarlo toda la noche. Sus cuidados fueron inútiles. «Voy a morir», murmuró el infeliz. Entonces el religioso interrogólo sobre su fe, sobre su estado social.

— Soy protestante — murmuró.

Y después de hacer un esfuerzo para incorporarse en el lecho, cerró los ojos y lanzó el último suspiro.

Antes de enterrarlo, los monjes le sacaron del bolsillo del uniforme los papeles que llevaba, y al enterarse de su elevada condición, dieron parte de su muerte a la autoridad militar inglesa. «Una serie de extrañas circunstancias — termina diciendo Dom Bernardo — hicieron que el poderoso heredero de la familia principesca de Hesse debiera su ataúd a la generosidad piadosa de un pobre aldeano que dió, con tal objeto, treinta fran-

cos al carpintero.» Y agrega cristianamente: «La muerte de los grandes de este mundo encierra a veces lecciones profundas de humildad.»

*
* *

La música que hace un instante llegaba a nuestros oídos como un murmullo vago y lejano, se acentúa y se acerca.

— Son las gaitas de los higlanders — murmura nuestro guía, señalándonos un recodo del camino que pasa al pie de nuestro mirador.

Por ahí viene, en efecto, una tropa de escoceses con sus faldas cortas y sus pantorrillas desnudas, precedida por su clásica banda de gaiteros. La marcha es lenta, como los acordes que la acompañan. En las bayonetas de los fusiles el sol prende chispas fugitivas que vuelan de un acero a otro acero, jugueteando cual mariposas de oro que se divirtieran en acercarse a algún objeto trágico, y que al sentir el frío de la muerte levantarán el vuelo algo asustadas.

Para ver pasar el desfile, las dos muchachas de la granja han abandonado su reacio trabajo y han venido a colocarse junto a nosotros.

— Son más guapos que los alemanes — las dice el marqués de Valdeiglesias.

Y oyéndolas exclamar un *je vous crois!* familiar, las pregunta, siempre curioso, siempre entrevistador y siempre galante, si han visto de cerca a los terribles germanos.

— *Mais oui!* — exclama una.

— *Ici même!* — dice la otra.

Entonces el cuadernito sale de la aristocrática faltri-

quera de nuestro amigo, y el interrogatorio comienza:

—¿Aquí?... ¿Cuándo?... ¿De dónde venían?... ¿Cuántos eran?... ¿Se condujeron bien?... ¿Pillaron?...

Una pregunta se asoma a los ojos del director de *La Época*, y no llega hasta sus labios; una pregunta que otro de nuestros compañeros formula delicadamente, diciendo:

—¿No os hicieron la corte?...

De las bocas frescas se escapa entonces una risa loca, y una a otra las campesinas se preguntan:

—¿Di, tú?... ¿Te la hicieron?...

De pronto, como si hubieran notado que su modo ligero de contestar nos sugiere ideas irreverentes, la más rubia de las dos, poniéndose seria, exclama:

—¡Buena bofetada se llevó el sargento que quiso molestar a ésta!

La Lucrecia lugareña se pone colorada y calla, bajando la vista. Su amiga continúa:

—Como estábamos solas con nuestra abuela, los *boches* creyeron que podían permitírselo todo... Nosotras teníamos miedo, naturalmente... Eran, lo menos, ciento, mandados por un oficialito menudo, un verdadero muñeco, que llevaba un vidrio en el ojo... Nos pidieron vino, pan, carne... Les dimos todo lo que había en la granja, y se lo tragaron en un decir Jesús... Luego el oficial se encerró solo en el desván y los hombres comenzaron a cantar... Uno de ellos... Aquí, al pie del molino fué... Uno de ellos cogió a ésta por la cintura y le dió un beso en la boca... ¡Qué asco!... Entonces, ésta le aplicó la bofetada... ¿Y creerán ustedes que querían fusilarla?... Pero yo fuí a buscar al oficial, y todo se arregló...

—¿Nada más?— pregunta, algo desilusionado, uno de

nosotros, que, sin duda, esperaba algo trágicamente galante.

— Nada más...

*
**

Todos callamos para contemplar de nuevo el espectáculo de la llanura. Los árboles ligeros, forman, a lo lejos, interminables vallas negras. Los caminos ondulan, como lazos de plata, alrededor de los prados. De los techos suben lentas columnas de humo, que van a perderse en el espacio. El cielo, color de flor de lino y de flor de malva, parece, a causa de los innumerables copos blancos que lo constelan, un lago de esmalte, cubierto de alas de cisne. Las vacas bermejas se recortan en un prado vecino cual juguetes de cartón, y las gallinas que, imitando nuestra actitud contemplativa, se han inmovilizado bajo las alas inmóviles del molino, figuran un friso esmaltado en un paisaje de fayenza holandesa.

Nuestras almas gozan de la bienaventuranza del día, del sitio, del aire.

Ahí muy cerca, no obstante, está la angustia, la muerte, la sangre, el fuego... Ahí están las baterías, cuyo rugido rompe de vez en cuando la paz de la mañana... Ahí están, al volver de la carretera, las tropas que descansan hoy para tornar mañana al combate... Ahí están, entre las mieses que comienzan a crecer, las innumerables tumbas de los que sucumbieron hace algunos meses defendiendo esta colina... En el camino, por el cual hemos venido, vimos ruinas, cruces, ambulancias... La cruz roja, campeando en fondo blanco, es la enseña de la región... Los nombres que nuestro guía nos dice, se-

ñalándonos los puntos más visibles, suenan con sílabas patéticas... Messines está a la derecha... Saint-Eloi, enfrente... Mont des Cats, a la izquierda... No hay duda, nos hallamos en el corazón de la lucha, en uno de los lugares más dramáticos de Flandes... Y, sin embargo, no logramos, por más esfuerzos que hacemos, fijar nuestro pensamiento en la guerra. Y con una inconsciencia que tiene algo de culpable, nos sentimos felices cual si asistiéramos a un idilio, cuando, en realidad, nos hallamos ante la más formidable de las tragedias.

Entre oficiales ingleses.

¡Quién diría que nos encontramos a quinientos pasos del enemigo, en una barraca improvisada para abrigar al Estado Mayor de un regimiento que combate en las trincheras vecinas!... El comedor en el cual acabamos de almorzar, parece el de una casa rica de Londres o de París. La mesa no es sino una tabla de pino colocada sobre dos veladores; pero el mantel, bordado y florido, que la cubre, conviértela en la más elegante de las mesas. Y sobre el mantel hay copas de varias formas, muy finas, muy cinceladas, muy blasonadas, copas para el whisky, copas para el oporto, copas para el borgoña, copas para el champaña. Y las fuentes son de porcelana de Limoges, con filetes dorados y con iniciales entrelazadas.

— Están ustedes aquí como príncipes — exclama uno de mis compañeros.

El coronel que nos ha invitado, sonríe irónicamente, y contesta :

— ¡Ah! No... Muy poco confortables... No tenemos hielo... Además, el piano está desafinado...

Otro oficial nos ofrece cigarros magníficos y nos aconseja que, para tomar el café, abandonemos nuestras sillas y nos arrellanemos en las *rokingchers* que se hallan junto a la ventana.